



GUÍA DO PEREGRINO.9

Reflexións para vivir o Ano Xubilar da Franqueira Consagración a la Virgen María

Mons. José Delicado Baeza

Arzobispo emérito de Valladolid

“Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol” (Ap 12,1)

El proceso histórico de la Iglesia está marcado por los signos que recuerdan la lucha entre la mujer y el dragón. La mujer puede referirse al Israel de los profetas que engendran al Mesías, pero también a la Iglesia, nuevo Israel, y también a María. Las imágenes de esta lucha se entrelazan, y no permiten identificar con toda claridad un sujeto único bajo el perfil de esa mujer que da a luz- puede ser remoto, inmediato o continuo en su misión histórica-, pero el claro vencedor es Cristo con su muerte y resurrección. Aunque el dragón continúe su lucha, no hay que temer porque ha sido derrotado. “Esta es la certeza que anima a Iglesia en su camino, mientras en la mujer y en el dragón reconoce su historia de siempre. La mujer que ha dado a luz al hijo varón nos recuerda también a la Virgen María, sobre todo en el momento en que, tras pasada por el dolor a los pies de la cruz, engendra de nuevo al Hijo como vencedor del príncipe de este mundo” (*Eclesia in Europa*. EE 122). Estos serían los dolores del nuevo parto de su maternidad asociada a la redención del Hijo en que se alumbró al nuevo pueblo.

1.- La mujer, madre del Mesías.

Por tratarse de una mujer tan espléndida y maravillosamente adornada como describe el apocalipsis a la madre del Mesías, muchos autores antiguos y modernos la identifican con la Virgen María de quien nació el Salvador y todos los redimidos. Desde el Génesis, en que aparecen estas hostilidades, como primer destello de salvación llamado “protoevangelio” (Cf. Gen 3, 15) pasando por san Pablo en la contraposición de Adán y Cristo, (Cf. 1Co 15,45-49), los santos padres han destacado la otra contraposición entre Eva y María, y han identificado la mujer, madre del Mesías, no solo con la colectividad genealógica de Israel, sino con la Virgen María, la Madre del Salvador, que, por la colaboración fiel con su persona y su obra de redención, es también Madre de la Iglesia. La liturgia de la Iglesia también entiende esta visión de la mujer inmaculada, con dolores de parto y gloriosa –“vestida de sol”- referida a la Virgen María.

El Vaticano II, al hablar de la Virgen María, ha preferido contemplarla en toda la perspectiva de la historia de la Salvación, desde el Antiguo Testamento hasta su glorificación celestial, “enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan (Ap 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte”, situándola dentro de la Iglesia, no en un tratado aparte, sino en la constitución dogmática *Lumen Gentium*.

María es la culminación del antiguo Israel. En los documentos veterotestamentarios se describe la historia de la Salvación preparando gradualmente el advenimiento de Cristo al mundo. Estos documentos leídos bajo la luz de una más plena revelación, iluminan con claridad la mujer Madre del Redentor como promesa de victoria sobre la serpiente hecha a nuestros primeros padres, caídos en pecado (Cf. Gen 3.15). En ella se cumplen las promesas de modo inimitable. Es el precioso “resto” de Israel, depositario de las predilecciones de Dios. La fe y la pureza de Israel encuentran en ella su culminación. Sobresale entre los pobres de Yahvé y es la dichosa que ha creído con firme esperanza. Es inmaculada, llena de gracia desde el primer instante de su ser, por la previsión de los méritos de su Hijo, el Salvador; así, por los méritos de Cristo, se había justificado, en fin de cuentas, el antiguo Israel, pero ella pertenece al orden de la nueva creación.

El anuncio del ángel habla de plenitud de gracia. He aquí la mujer que ha alcanzado todas las promesas de salvación. Hay un paralelismo entre el anuncio del ángel a María y el anuncio del profeta Sofonías a Israel. Según éste, Jerusalén se debe alegrar porque Yahvé está en medio de ella, en su seno, como poderoso salvador (Cf. Sof 3,14-17). Lo mismo María. Comprende es el nuevo Israel, donde viene Dios a residir de un modo maravilloso. ¡Va a ser su madre!. El capítulo VIII de la *Lumen Gentium*, tras manifestar el propósito de contemplar a la Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, trata gradual y progresivamente del oficio de María en la economía de la Salvación: María, culminación del antiguo Israel. María en la anunciación. María en la vida y en la muerte de Jesús. María desde la ascensión de Cristo hasta su propia asunción. María, figura y madre de la Iglesia y, finalmente, nuestra respuesta: el culto de la Virgen María en la Iglesia.

Si en el misterio de su concepción inmaculada, María es como la aurora del nuevo día, enlace entre el antiguo Israel y Cristo, en el misterio pascual y con la venida del Espíritu Santo, en oración unánime con los apóstoles, es también vínculo viviente y maternal del nuevo Israel, la Iglesia. La inmaculada es índice de que la humanidad se reintegra al paraíso de la gracia después del pecado; su glorificación en cuerpo y alma junto a su Hijo es símbolo de que la humanidad se encamina a la Jerusalén celeste. En María se cumple nuestra esperanza final y plena: “en ella la Iglesia admira y ensalza al fruto más esplendido de la redención y contemplación gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser”, dice la *Sacrosantum concilium* del Vaticano II (SC 103).

María es modelo no solo de nuestra fe y de la fidelidad a la voluntad de Dios, sino también estímulo de nuestra esperanza y de nuestro gozo porque es madre nuestra y madre de toda la Iglesia. Pablo VI lo declaró: “Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título” (21/XI/64). Proclamación que ratificó en el Credo del Pueblo de Dios al decir: “Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo su misión maternal para con todos los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos”.

Ante este maravilloso misterio, tan consolador para los creyentes, podemos preguntarnos nosotros si María, por ejercer esa maternidad gloriosa y celeste, tan eficaz en su mediación, es esa Mujer del Apocalipsis, vestida de sol, con la luna bajo sus pies y coronada de estrellas, o es la madre doméstica, la mujer de la vida oculta y eficaz de Nazaret, atenta siempre a la felicidad y salvación de todos; humilde, pobre y sencilla y, por eso, cercana, en la que se puede confiar. No hay oposición iconográfica: la primera imagen significa su grandeza y su poder de intercesión, glorificada y ya para siempre en este ejercicio, y la segunda, la humildad de la sierva maternal y entrañable que se desvive por atender a todos a hijos, con esa cualidad del corazón manifestada en el “magnificat” y que, como tal, permanece en el misterio de su glorificación personal, incluso en su poder de intercesión agrandado inconmensurablemente.



2.- El corazón de María, sede de la Sabiduría.

Si Jesús, su Hijo, es la sabiduría de Dios, María es la “sede de la sabiduría” de una manera participada, significando en su corazón o interioridad más profunda su lugar propio en el que, durante su existencia histórica de creyente, vivía la presencia de la Palabra, “recordando” lo que no terminaba de entender en medio de tantos misterios de los que estaba rodeada. De María dice San Lucas que guardaba y meditaba en su corazón lo que veía y oía en relación con su Hijo (cf. Lc 2, 19.51) incluso que una espada iba atravesar su alma, como una profecía que desde la infancia de Jesús ya mostraba la vinculación de los corazones, porque, como se pregunta Orígenes: “¿Cuál es la espada que traspasó el corazón de María?”, a lo que San Gregorio Taumaturgo parece responder indicando que el corazón de María fue el lugar en el que repercutían todos los misterios, y una tradición oriental, en sintonía

con la pasión de Cristo hace exclamar a María: “Tu costado fue ciertamente traspasado, pero en el mismo instante lo fue también mi corazón”.

María vivía como verdadero miembro del pueblo de Israel en virtud de la gracia que fructificaba en los fieles que abrían su corazón para acogerla; pero ella estaba llena de esa gracia santificadora que la capacitaba para la maternidad divina a la que estaba predestinada y, por tanto, para amar de una manera excepcional. La necesitaba cuanto se puede pensar de un corazón humano, que es el receptáculo de una pura criatura; pero colaboraba con esta gracia de una manera activa con una fidelidad creciente desde la primera toma de conciencia de sus relaciones vivas con Dios, cuando y como se despierta y desarrolla la conciencia humana, aunque enriquecida por estas gracias excepcionales. Así lo sintetiza el “fiat” de la anunciación.

María tenía una vocación predestinada a ser la Madre del Verbo encarnado, pero en la oscuridad del misterio permanente, envuelto en el silencio. Una Palabra dijo Dios y ésta la dijo en silencio, y en silencio quiere ser oída. Este lenguaje que rodeó a la Palabra desde el origen de su encarnación hasta la cruz es el que iba aprendiendo el corazón de María desde su contemplación interior, con el don de Sabiduría del Espíritu Santo. María, aprendiz de este lenguaje intuitivo de los signos que indican el núcleo del misterio sin revelarlo de todo, lo vivía maternalmente con el gozo inefable de la presencia y del amor de Jesús, pero en la zozobra de su misión, nada triunfal, que ella iba descubriendo en cada circunstancia adversa, abierta siempre, desde la penumbra de estos signos, a la esperanza de los planes de Dios, en quien creía ciegamente como clave de salvación.

La encíclica del Papa Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, recorre las distintas fases de la vida de María y de sus actitudes más profundas en relación con la vida de Jesús, y se pregunta cómo puede conocer María a su Hijo, para responder: “María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe”... Lleva consigo en la radical novedad de la fe “inicio de la Nueva Alianza” como buena noticia pero no exacta del precio del amor más grande, y así continúa el Papa: “no es difícil, pues, notar en este inicio “una particular fatiga del corazón”, unida a una especie de “noche en la fe”- usando una explicación de San Juan de la Cruz, como un “velo” a través del cual hay que aceptar al Invisible y vivir en intimidad con el misterio. Pues de este modo María, durante muchos años permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe, a medida que Jesús “progresaba en sabiduría... en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52). Se manifiesta cada vez más ante los ojos de los hombres la predilección que Dios sentía por Él. La primera entre estas criaturas humanas admitidas ante el descubrimiento de Cristo era María, que con José vivía en la casa de Nazaret” (RM 17). Este párrafo de la encíclica merece ser meditado lenta y profundamente, pidiendo luz al Espíritu Santo. Comprender así el corazón de María es una inagotable fuente de estímulo y de consuelo para todos.

3.- María, madre y maestra de sabiduría.

Para todos. La experiencia comúnmente sentida en nuestros pueblos y comunidades cristianas, la describe así el Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia: “La Piedad popular a la Santísima Virgen, diversa en sus expresiones y profunda en sus causas, es un hecho eclesial relevante y universal. Brota de la fe y del amor del pueblo de Dios a Cristo, Redentor del género humano, y de la percepción de la misión salvífica que Dios ha confiado a María de Nazaret, para quien la Virgen no es solo la Madre del Señor y del Salvador, sino también, en el plano de la gracia, la madre de todos los hombres”. Por eso, “la Iglesia misma exhorta a todos sus hijos, ministros sagrados, religiosos, fieles laicos, a alimentar su piedad personal y comunitaria también los ejercicios de piedad, que aprueba y recomienda” (DPP 183). El Papa insiste en esta misma comprobación y exhortación: “Toda la Iglesia dirige su mirada a María. Gracias a la gran multitud de santuarios marianos diseminados por todas las naciones de Continente, la devoción a María es muy viva y extendida entre los pueblos europeos (EE 124).

La sencillez y la docilidad del corazón de María constituyen la tierra incomparable para que el Espíritu santo produzca estos frutos y se pueda vivir la íntima presencia de Dios en comunión trinitaria, de una manera cada vez más



profunda, consciente y gozosa, como ella. Por eso Jesús nos recuerda que la sencillez del corazón es la condición para recibir la Palabra, la Revelación amorosa del Padre: de los sencillos es el Reino de los cielos. Hay que hacerse como niños ante Dios y, de algún modo también, ante María. Ella es Madre y Maestra de esta sabiduría que es docilidad al Espíritu Santo para el seguimiento de Jesús, imprescindible para ser sus testigos y poder trabajar con esperanza y alegría en la misión pastoral.

La verdadera devoción a María nos ayuda a conocer mejor a Jesús, a cumplir con más fidelidad la voluntad del Padre, a entregarnos más generosamente al servicio de nuestros hermanos; a descubrir de una manera estimulante el sentido de nuestra vocación y misión al servicio del pueblo de Dios. Cuando estas disposiciones se debilitan podríamos preguntarnos con nuestro San Juan de Ávila: “¿No tenéis devoción? Harto mal tenéis, harto bien os falta; mas querría estar sin pellejo que sin devoción a María”. Por eso, habría que recuperar esa primera “ingenuidad” aunque hayan pasado muchos años y se hayan acumulado muchos conocimientos y experiencias en la vida, la sencillez del espíritu de infancia que nos mueve a llamar, como Jesús, Abba, (Padre), al mismo Dios, y también ¡madre! A María, como la llamaría Jesús mismo, acaso en diminutivo, como signo de mayor y más tierna confianza filial. Es, en fin de cuentas, la sabiduría de los pobres y sencillos de corazón.

Sobre esta disposición fundamental, añadamos, para ser fieles a nuestra vocación que manifestamos en nuestra formación permanente hacer una lectura espiritual y teológica del Verbo encarnado, acerca del cual, por las razones indicada, María es esa gran madre que nos puede ayudar a conocer en profundidad, bajo la acción del Espíritu Santo con el don de sabiduría, el misterio de su presencia y su acción en nuestras vidas y en nuestros trabajos. Ella puede alcanzarnos las gracias que nos ayuden a descubrir a su Hijo (“Muéstranos a Jesús”) por la fe para poder anunciarlo, y de algún mdo, mostrar su rostro. La experiencia espiritual de la vida de fe precede de suyo a la reflexión teológica, pero no puede independizarse de ella, sobre todo si se desea la coherencia personal en el proceso de la vida cristiana y la capacitación para ser testigos de esta esperanza y mensajeros del evangelio en nuestra sociedad secularizada. Por eso podemos pedirle a María con San Epifanio: “Te saludo, libro incomparable, que has dado a leer al mundo al verbo Hijo del Padre”.

María es también la mujer eucarística con toda su vida. El Papa nos lo recuerda en la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*: “Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros- a ejemplo de Juan- a quien una vez nos fue entregada como madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de “conformarnos” con Cristo, aprendiendo de su madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como la Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el Espíritu de María”. (E de E 57).

La Virgen María es la gran colaboradora en la obra salvadora de su Hijo en toda la misión de la Iglesia, como nos recuerda también el Papa en esa espléndida carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, capaz de orientar en sus pensamientos-guía, el itinerario de nuestra vida cristiana y de nuestra acción: 1. Recordar a Cristo con María. 2. Comprender a Cristo desde María. 3. Configurarse a Cristo con María. 4. Rogar a Cristo con María 5. Anunciar a Cristo con María.

Como resumen de todos estos elementos de nuestra consagración a María, el Papa eleva una oración conclusiva de la exhortación *Ecclesia in Europa*, a María, madre de la esperanza, como figura también de la Iglesia, para pedirle con nosotros, que vele por nosotros, que proteja la humanidad del tercer milenio, que nos dé a Jesús. Oración que termina en sintonía con esta “conclusión” de todo el documento: “Él es la esperanza de la Iglesia, de Europa y de la humanidad. Él vive con nosotros, entre nosotros, en su Iglesia. Contigo decimos “Ven, Señor Jesús” (Ap 22,20): que la esperanza de la gloria infundida por Él en nuestros corazones dé frutos de justicia y de paz (EE 125).



Mons. José Delicado Baeza
Arzobispo emérito de Valladolid. 2004